DEL PADRE ANDRE VINCENT

"La Misión Obrera en Francia"

UN reciente artículo de "MARCHA" titulado "Entierro de los curas obreros" se refiere a la Instrucción del Santo Oficio sobre "la misión obrera de Francia". Así vuelve a escena el drama de los sacerdotes obreros. Y sobre este problema tan debatido se encuentra en la prensa de hoy la misma ignorancia de hace cuatro años. A esta ignorancia se mezcla en el articulista de "MARCHA" un acento apasionado que lo hace simpático pero que no disminuye su error.

No es posible comprender en absoluto la Instrucción del Santo Oficio si se ignora el trabajo que realizan, desde hace tres años, los "sacerdotes de la misión obrera". Los "institutos seculares", a los cuales la Instrucción consagra la mitad de sus exposiciones, no son cortina de humo inventada por un prelado del Vaticano para disfrazar una retirada: existen, actúan y se desenvuelven conforme a los deseos de los obispos franceses y de la Santa Sede. Pero no hacen ruido. Y se ignoran.

NO faltan periodistas en Francia para oponer los obispos franceses al Papa; son los mismos que opusieron el Papa al Papa, Juan XXIII a Pío XII. Esta oposición real en cuanto a la modalidad de la acción es evidentemente falsa en lo que atañe al fondo. Y en este punto preciso presentado a la Santa Sede por los obispos franceses el Pontífice de hoy sigue, perfectamente, en la línea del de ayer.

No hay duda de que en algún sector francés se esperaba un cambio de dirección al respecto ¿pero ello da lugar a deducir que también era, ésta, la meta perseguida por el secretariado de los obispos franceses, al someter el punto al Papado. Dentro de un problema que la Santa Sede se había reservado juzgar, los obispos franceses le piden que intervenga; no era de la incumbencia de los obispos comprometer o presionar la autoridad del Santo Oficio; tampoco lo intentan. La publicidad indebida dada a estas gestiones falsea las perspectivas de las mismas.

¿Está dicha Instrucción bien calificada por el título "Entierro de los curas obreros"? Pero si hubiese que hablar propiamente de un entierro éste hubiese tenido lugar hace 5 años. El 27 de enero de 1954 la Instrucción del Santo Oficio declaraba "que no se hable más, pues, de los "sacerdotes-obreros" sino de "sacerdotes de la misión obrera".

No hay más "sacerdotes obreros" desde hace 5 años. Pero existe, en cambio, una "misión obrera", sacerdotes especializados, parroquias misionales, laicos trabajando en unión con estos sacerdotes dentro del cuadro de esas parroquias. Existen institutos seculares en formación, una Acción Católica obrera en pleno desarrollo. Sin embargo todas estas realidades desaparecen delante de una hipótesis: recomenzar la experencia de los sacerdotes obreros. ¿La idea de volver a una experiencia pasada hace olvidar todas las experiencias en marcha? Que se me disculpe pero estas experiencias son ignoradas.

Hace años decía que para comprender las directivas de Roma había que conocer aquellos sacerdotes que las habían seguido y realizado y no solamente a los que las habían rehusado. Aconsejaba, entonces, la lectura del libro del Padre Loew "En mission prolétarienne". El P. Loew fue el primer sacerdote obrero de Francia; el primero en enrolarse, —y como docker del puerto de Marsella—, pero, también, el primero en desenrolarse para mejor realizar, entre los obreros, el testimonio de su Iglesia y su ministerio de sacerdote. Cuatro años antes de las directivas de Roma, para seguir hasta el final la lógica de su apostolado, el P. Loew deja de ser obrero para pertenecer más aún a los obreros. En este suburbio de Marsella donde fue obrero fundó dos parroquias y ha sido vicario y cura. Ahora funda el instituto secular de S. Pedro y S. Pablo que reúnen sacerdotes y laicos en un mismo fin misional, con medios diferentes pero próximos unos a otros. Que se lea el libro donde traza esos diez y ocho años de misión obrera y se constatará que los sacerdotes obreros no han sido enterrados. El "Journal d'une mission ouvrière" 1941-1959" nos ayuda a comprender muchas cosas y la Instrucción del St. Oficio aparece, a su luz, en la línea del apostolado el más real y el más actual. Es probable que el autor del artículo mencionado no haya leído este libro que sale de la imprenta. Debe haberse visto obligado a atenerse a las informaciones de la prensa... Que el autor verifique sus fuentes.

"La Iglesia se retira sin aparente necesidad a posiciones de estricta pacatez defensiva". Así la Instrucción sería puramente negativa: pura y simple negación de parte de la Iglesia respecto a comprometer a sus sacerdotes en un terreno difícil. "No hay celo", "no se vuelve a los sacerdotes obreros".

Esta Instrucción no es artículo de fe; es permitido, a los católicos, dudar, esperar. Pero lo que a nadie le está permitido es tergiversar los hechos.

Hay dos partes en la Instrucción; recoger una sola de ellas es falsearla. Y mismo esta sola parte negativa será también falseada si se interpreta separadamente de la segunda, positiva, y sobre la cual se funda.

Se podría resumir la Instrucción arrancando de las primeras líneas que enuncian el fin perseguido: "La Iglesia participa de la convicción de los obispos franceses sobre la necesidad de un apostolado intenso y eficaz en los medios obreros para atraerlos nuevamente a la fe y práctica de la vida cristiana de las cuales se han desgraciadamente alejado". Un apostolado intenso y eficaz: he ahí la meta. ¿Pero, para ello, qué medios emplear? La primera parte se ocupa de desechar el instrumento "sacerdote-obrero"; la segunda recomienda el desarrollo de los medios actuales en función y que pueden resumirse en una frase: "aunar el ministerio del sacerdote y el testimonio del obrero cristiano". Si se le amputa, a la Instrucción, esta segunda parte no se puede comprender, en absoluto, la primera.

¿Qué dice esta primera parte? Comienza por afirmar que la situación del ambiente obrero francés no es tan desesperada desde el punto de vista de los intereses espirituales de la Iglesia. El autor del artículo citado se escandaliza de esta afirmación como si ella tendiese a quebrar el entusiasmo del apostolado. ¿No habría, pues, generosidad más que en la desesperación? ¿de don de sí mismo que a través de un extremo trágico? Señalando "en el fondo del alma de los obreros franceses enraizada una aspiración cristiana", me parece que lejos de adormecer el celo apostólico lo estimula orientándolo a su verdadero fin. Y con esto se está más cerca de la verdad que lo que lo están los periodistas franceses en los cuales se inspira el artículo de "MARCHA". Cuántos, en efecto, son los sacerdotes de barriadas, sin hablar de los de la misión obrera, que han sentido, un día, en obreros que no ponían un pie en la Iglesia y mismo en obreros comunistas, ese fondo cristiano del que habla la Instrucción y que el Evangelio de la Revolución explota.

¿Es muy optimista la Santa Sede al pensar que la Palabra de Dios puede ser anunciada a "las masas obreras"? Ningún sacerdote ignora la dificultad de llevar la tal Palabra. Pero ha sido ordenado para ello: para la Palabra Sacramental y para todas las otras que de Ella derivan y a Ella preparan. Es para la administración de los sacramentos y para la predicación que el sacerdote ha recibido sus poderes de Cristo. Los únicos pasajes de la Escritura citados por la Instrucción son aquellos que definen la misión de los apóstoles como testigos de la Resurrección de Cristo y testigos por la Palabra. (Actas 18, I, 22) Evidente que este testimonio de la Palabra no dispensa al sacerdote, como a nadie, de testimoniar por el ejemplo. Pero el ejemplo que debe dar está especificado por su propio estado: no es aquél del esposo o padre de familia. Un laico puede ser apóstol en todo trabajo honesto. En cambio el ejercicio de una profesión está, de hecho, prohibida para el sacerdote; mismo algunas de ellas como ser la de juez, militar, comerciante, están explícitamente prohibidas por el Derecho Canónigo. Sólo para tareas muy próximas a la doctrina de vida (enseñanza, educación) se verá el sacerdote autorizado a distraer de su propio oficio una parte de su tiempo.

Después de haber recordado lo que es el sacerdocio, la Instrucción declara: "La Santa Sede estima que el trabajo en usina o cantera es incompatible con la vida y obligaciones del estado sacerdotal. Efectivamente los días de trabajo sería casi un imposible al sacerdote cumplir con todos sus deberes de oración que la Iglesia exige de él diariamente". La experiencia está hecha. Tal que fue sacerdote obrero y que es hoy comunista militante comenzó por eliminar de su jornada el tiempo de oración, luego el breviario y finalmente suprimió la Misa. Y había dejado de estudiar, otra necesidad recordada por la Instrucción y de la cual un sacerdote no se dispensa sin peligro en cualquier medio en que se halle.

La Instrucción subraya la nefasta influencia de una "atmósfera materializada" refiriéndose a la clase obrera o mejor a los sectores más descristianizados de la misma.

Se dirá, que precisamente, por ser esos sectores los más descristianizados, son, también, los más dignos de socorro, los que deberían ejercer mayor atractivo en aquellos que llevan el mensaje de Cristo. Sin duda pero también pueden ser los más peligrosos si se exponen a su influencia.

¿Pero no está el deber de un sacerdo en exponerse por los demás? ¿No está el honor de un hombre sacrificado en hacer "bon marché" de su vida? De su vida, sí; no de su alma, no de su misión. No es solamente su persona la que está en juego sino su misión entre los hombres.

Aquí se me interrumpe con indignación: ¿no estoy abandonando, farisaicamente, a su triste destino, ese medio obrero? ¿no estoy resbalando, con todo el Santo Oficio, en este desdén práctico del pobre que no sería otro que el desdén de Cristo?... Bella indignación pero contra un fantasma que se ha creado. ¿La instrucción de qué habla? No de los obreros como tales, no de los pobres como tales, sino de esta parte del mundo obrero que está más profundamente, más totalmente desprendida de la vida cristiana y más marxizada. ¿Y acaso supone la Instrucción la menor comparación entre el medio obrero y el medio burgués? ¿Deja entender que no hay "atmósfera materializada" más que entre los proletarios? ¿Se le podrá reprochar de no hacer alusión a la influencia, igualmente nociva, de los medios burgueses? Una Instrucción del Santo Oficio no es ni un sermón ni una Encíclica: no responde más que a un punto preciso y con precisión. No se encontrará, en ella, tampoco una enseñanza completa sobre el estado sacerdotal o sobre la independencia del sacerdote respecto al medio en que se desempeña (el sacerdote y el mundo, tema infinito de predicación).

¿De qué se trata, pues? Simplemente de saber si sacerdotes pertenecientes a diversos sectores de la misión obrera en Francia pueden retomar la experiencia de los sacerdotes obreros: si pueden enrolarse en un trabajo obrero a "full time". Se trata de esto y no del resto.

Si se supone alguna comparación en la Instrucción ésta no está entre el medio burgués y el medio obrero sino entre el testimonio del sacerdote y aquél del obrero cristiano. Es alrededor de este obrero que se plantea ahora el punto. La segunda parte de la Instrucción descansa sobre el valor del testimonio cristiano que él puede dar por su vida de familia y por su trabajo. Se me argumentará: ¿el obrero cristiano estaría, pues, menos expuesto que el sacerdote a la influencia de ese ambiente materializado? Ciertamente no si se compara su situación a la del sacerdote normalmente volcado a sus funciones de tal. Pero otra cosa es el sacerdote que se vuelca al trabajo obrero, a la vida obrera, sin el soporte de la vida de familia, sin el soporte normal de su vida de sacerdote, sin el tiempo necesario para la oración y el estudio... ¿Cuál de los dos estará más expuesto a recibir los arrastres del medio? ¿Cuál más solicitado por la corriente de solidaridad humana, de las reivindicaciones, de la lucha de clases?...

Dejarse arrastrar por una corriente de reivindaciones más o menos legítimas es "incartade" benigna para un laico ¿pero, para un sacerdote?... No se trata de su persona; se trata de su testimonio; se trata de su misión. ¿Las manos que consagran la Hostia pueden levantarse, puño cerrado, en señal de odio?

Vayamos más lejos: ¿En una huelga perfectamente justa, dónde estará el sitio del cristiano en el momento de los choques?, ¿con los violentos o con los cobardes? Alternativa terrible para un sacerdote obrero. En un acto de justa violencia un obrero cristiano puede dar ejemplo; ¿pero, un sacerdote? No. Este es el sentir de la Iglesia y el sentido de la Instrucción. Llegamos a esta evidencia para rendir el testimonio de la vida obrera: el obrero cristiano está más calificado que el sacerdote para ello. Y esto nos lleva al testimonio, en la Instrucción y en los hechos, del obrero cristiano.

El autor del artículo "Entierro de los curas obreros" ha extrañamente rebajado el valor de este testimonio. "El laico-obrero será poca cosa más que emboscado de convenciones... un posible desertor sobre el que pesará la acusación de introducirse a debilitar la fuerza combativa obrera". ¿No eran, acaso, precisamente, estas acusaciones las que pesaban sobre los sacerdotes obreros en el momento que se enrolaban en la lucha de clases? Más difícil es que recaigan estas sospechas y recriminaciones sobre el obrero que tanto por su vida de familia, como por todo el conjunto de su vida, está ligado estrechamente a sus camaradas de trabajo.

"Tú no eres verdadero obrero. Tú no tienes carga de familia. Y si te enfermas tu Iglesia no te deja caer". Así hablaba un camarada de trabajo a un sacerdote obrero. El simple obrero cristiano se encuentra más apto y mejor colocado que el sacerdote obrero para testimoniar por el trabajo. Mejor que él pero no sin él.

¿Cuál será, pues, el oficio del sacerdote al lado del obrero? Ayudarlo por el ejercicio de sus funciones sagradas, ayudarlo por sus consejos. La Instrucción insiste en este punto. Nosotros que hemos leído, que hemos estudiado las Encíclicas sabemos que no se limitan a algunas "concepciones moralizadoras". Encontramos en ellas una doctrina capaz de esclarecer todos los momentos de la acción así como de abarcar todos los campos. Sabemos que son capaces de suscitar soluciones audaces en un plan grandioso. Gracias a ellas el sacerdote será cerca del obrero el hombre de los principios seguros en vista de verdaderas soluciones.

El sacerdote al lado del obrero atestiguará por su trabajo de sacerdote. ¿Es demasiado optimista el Santo Oficio al pensar que hay todavía bastantes obreros cristianos en Francia para testimoniar de Cristo por su vida de trabajo?

Parecería que la Acción Católica de Francia, que hace unos años era opuesta al trabajo obrero del sacerdote, terminó por desear este concurso extraordinario ante las dificultades de su tarea. ¿Y no fue, precisamente, su opinión, lo que decidió al Cardenal Feltin a presentar a la Santa Sede el punto de una renovación de la experiencia de los sacerdotes obreros?...

Que se deplore la negativa del Santo Oficio o que se la aplauda no se tiene derecho a desconocer o minimizar las razones de esta negativa. Resumámoslas: En los medios obreros, los más arreligiosos, el sacerdote no debe desesperar de poder ejercer sus funciones de sacerdote y de testimoniar de Cristo en sacerdote. En cuánto a testimoniar de Cristo por el trabajo obrero es la misión del obrero cristiano quién lo hará menos peligrosamente y más eficazmente. Para el apostolado de esos medios es necesaria la intensa unión del sacerdote y del obrero, uno y otro actuando según sus medios. Esta unión que se realiza normalmente por medio de la Acción Católica Obrera y en los centros de la "misión obrera" puede hacerse más estrecha por la constitución de institutos seculares reuniendo en una misma comunidad sacerdotes y laicos. ¿Se trata de un entierro?

Varios de estos Institutos seculares existen ya y están bien vivos: los pequeños hermanos de Jesús (del P. Foucauld), los Institutos de S. Pedro y S. Pablo, no son, repito, cortina de humo levantada para tapar una retirada. Constituyen la verdadera "ala caminante" de la Iglesia.